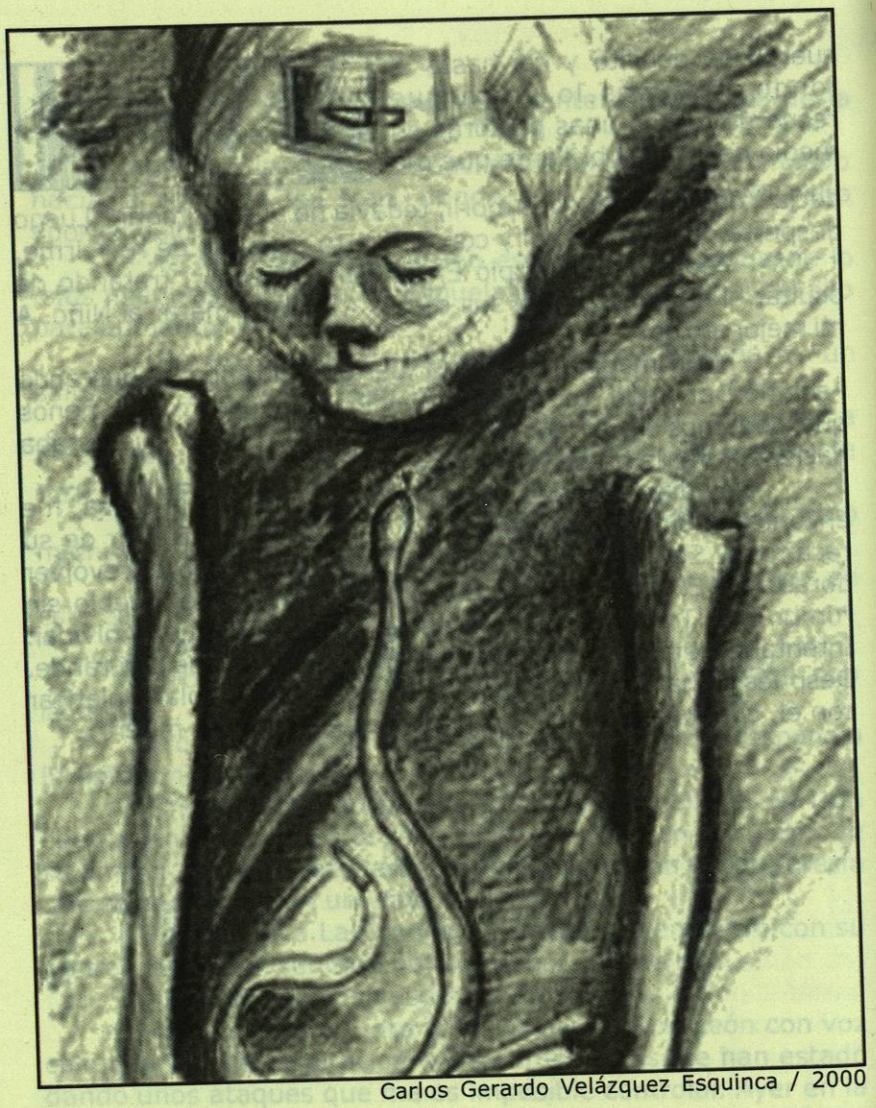

Carlos Gerardo Velázquez Esquinca / 2000

1020133245

Querido Momo

Ana Gabriela Vega

Eran las once de la noche y el ruido de la calle sigue funcionando. Alex no sabía a dónde iba, lo único que quería era salir de su casa. Estuvo vagando por muchos lugares, pensando en una solución a sus problemas. No supo cómo pero encontró un lugar al que nunca había ido. ¿Un lugar o un demonio?... Caminó por un largo muelle oscuro y se sentó al final de éste, vio que algo se movía en el agua rápidamente, fijó su mirada y era un delfín que empezó a dar saltos y piruetas. Él se acercó para verlo y el delfín también y de pronto Alex empezó a sentir una paz que no había tenido desde hace algunos días. Ese ser con tanta nobleza viéndolo directamente, lo hizo sentirse especial y exaltado. Se quedó maravillado. Su sensación de soledad que venía sintiendo desde hace mucho tiempo, se acabó por unos minutos. Después de un rato cuando vio que era medianoche decidió regresar a su casa. Pero ahora no regresaba a discutir sino que iba tranquilo con ganas de volver a ver al delfín, al otro día.

–¿Bueno?

–¿Eres tú?

–Sí, soy yo. ¿Ya sabes qué hora es?

–Sí, ya sé.

–Bueno, qué pasa, por qué me hablas a esta hora.

–Conocí a alguien muy especial, y quiero que lo conozcas.

–¿Quién es?

–Mañana te lo presento.

–¿Y para eso me hablas?

–Mañana vas a ver que te emocionarás igual que yo.

–Si tú lo dices...

–Adiós.

–Bye.

Alex y yo nos habíamos quedado de ver a las 7:30 en la cafetería de mi escuela. Él como siempre

llegó tarde. Después caminamos por un largo rato y pasamos por muchos lugares desconocidos.
Llegamos a un muelle lejano, ya estaba oscureciendo. Alex me llevó al final del muelle.

–La noche es muy oscura, ¿lo sabes?

Miraba fijamente el mar como esperando algo. Yo lo notaba diferente. En su rostro había emoción y alegría. Una alegría tersa y despreciable. El mar lo abarcaba todo. Es mi todo. En eso apareció. Salió de la nada, dando un salto que me sorprendió. El delfín se acercó, Alex estaba tan alegre de volver a verlo que yo también me alegré. Yo me acerqué a verlo. Lloraba. Era uno de los seres más hermosos que había visto en toda mi vida. Lo mejor era que el delfín irradiaba una sensación de paz y alegría (tersa y negra como la de Alex) inexplicables. Era algo que el animal nos hacía sentir... Una sensación. En ese momento entendí lo que le pasaba a Alex. Parecíamos tener una conexión especial con el delfín.

En el camino decidimos ponerle el nombre de Momo. No sé por qué pero, hoy por hoy, me dicen así. Alex me decía maravillas de la comunicación que se puede tener con un animal del mar y expresar tantas cosas. Cuando llegué a mi casa me sentía cansado, tenía ganas de contarles a todos de Momo, mi amigo el delfín, pero lo único que les dije fue que los quería mucho y les deseaba buenas noches. La última vez que los vería.

Al día siguiente volví con Alex y estaba muy feliz. Más feliz por dentro que por fuera. Había hablado bien con su familia. Me dijo que cuando llegó a su casa sintió unas enormes ganas de decirles cuánto los quería –igual yo– y lo agradecido que estaba por todo. Y así lo hizo, platicó con ellos y muy seriamente les dijo que los quería volver a ver. La familia no entendió nada. Se miraron entre sí. Qué ridículos, no entendieron nada. Momo me platicaba en el camino que le gustaría hacer algo que estuviera relacionado con la vida marítima, matar ballenas o tiburones. Nuestra especial deficiencia era una nobleza en él, su sentimiento por los humanos. Llegamos. Nuestro amigo estaba ahí casi esperándonos, y de él surgió la magia. Nos transformamos inmediatamente. El cielo, el mar, el suelo eran nuestra unión especial.

Momo, Alex y yo habíamos cambiado mucho. Teníamos algo que hacer. Mi voz eran sus actos acuáticos, subterráneos. Ahora veíamos las cosas transparentes como en el mar, por así decirlo. Momo nos había enseñado a comunicarnos. Nos dimos cuenta que nuestros problemas se debían solamente a la falta de comunicación. También aprendimos a decir Te quiero.

El capítulo final de la historia es cuando estamos aquí.

–Raquel.

–Sí, Alex, qué onda.

–Te tengo una sorpresa, te espero en mi casa.

–Sí, claro.

Ese día Raquel me enseñó su nota de inscripción en la escuela. Iba a ser bióloga marina. Sus días estaban contados. Fuimos a celebrar después de estar con ella, con Momo. Invitamos a Fernando, su novio, otro amigo que no regresaría. No podría decir todo lo que sucedió ahí, la alegría, el frenesí, pero sí

puedo asegurar que aquel momento lo terminamos en Guyanas, procedentes de Estados Unidos.

El primer día que fuimos a verlos –el único– a Raquel y Fernando, nos encontramos con otra persona que también sabía de nuestra mascota. Se llamaba Sara y era amiga de Momo –ella todavía sobrevive, yo soy su carcelero–. De hecho ella nos contó que había cambiado mucho desde que lo había conocido. Yo la conocí en las Antillas. Y así empezamos a tratarnos y nos hicimos amigos. Creo que Raquel y Fernando se gustaron y ahora son más que amigos. Es extraño que Momo no envidie esa relación, por abajo del agua. En cualquier charco pudo explotar, salir y hacer piruetas para ellos. En fin, todo esto es un ejemplo. De lo que se trata es de tener un amigo y que aprendamos a querernos un poco más.

Joey

Alba Cecilia Garza Campos

Un leve olor a sudor reciente flotaba en el aire. Rostros sonrientes con sudor y maquillaje se felicitaban y comentaban los pormenores de la función que acababan de presentar. Terminaron de guardar la producción y todos se dirigieron cansados pero felices, a tomar algo.

Gauner, el dueño de la compañía, recibía críticas y felicitaciones de una conocida. Sánchez, el coreógrafo de Magic Smile, se acercó a él y le dijo:

–Pepe, ahí está el muchacho del que te hablé.

–Ah sí, dile que me espere tantito –dijo Gauner mientras la expresión de su rostro dejaba ver las pocas ganas que tenía de hablar con el joven.

Sánchez había conocido a Chuy la noche anterior en la disco gay. La frecuentaba con su pareja, ahora lo había invitado a trabajar.

–Ahorita viene Gauner, espérate tantito –le dijo Sánchez a Chuy, al mismo tiempo que lo saludaba.

–No pensé que ibas a venir hoy –dijo Sánchez.

–Es que necesito el trabajo –dijo Chuy–. Bueno... –cambió el tono de voz rápidamente– aunque dinero no me falta. Pero ya me cansé de estar sin hacer nada.

–Sí, te entiendo –dijo Sánchez, mientras pensaba "que chavo tan mamón".

–Hola, soy José Gauner –interrumpió Pepe y saludó de mano y con una sonrisa de cortesía a Chuy.

–Mucho gusto, Jesús Torres –contestó Chuy. Empezaron hablar de cosas de trabajo, sobre la experiencia en radio y televisión que tenía, etcétera, mientras Sánchez observaba detenidamente a Chuy.

Se ve diferente –pensó–, anoche se veía bien obvia y ahorita hasta parece buga. Su actitud, su ropa, pareciera que hubiera cambiado de un día para otro.

Como Pepe y Chuy estaban en la puerta de salida del